

# La transmisión del texto hebreo de la Biblia

El texto hebreo de la Biblia tiene una larga historia difícil de suponer ante la aparente uniformidad y coherencia con que actualmente se nos presenta en ediciones y manuscritos. En primer lugar recordemos que la Biblia, como su mismo nombre indica, plural griego, no es un solo libro, sino una selección de escritos de autores y épocas diversas. Algunos de los relatos patriarcales conservan detalles acordes con la vida y la legislación del antiguo oriente del siglo xvii a. J. C., como es el caso del pacto entre Dios y Abraham, que se ajusta a las normas de los pactos entre el poderoso rey hitita y los reyezuelos vasallos suyos; de finales de la Edad del Bronce y principios de la del Hierro, es decir, de los siglos xiii y xii a. J. C. serían los relatos primitivos de la salida o éxodo de Egipto y la conquista de la Tierra Prometida: precisamente cuando en el libro de los Jueces nos habla de los filisteos, que conocían la metalurgia del hierro, se nos dice que los hebreos habrán de pagar un *pym* a estos técnicos; la palabra *pym* ha sido desvelada por la moderna arqueología que ha desenterrado pesas de un tipo determinado que llevan incisa la palabra *pym*. Las composiciones poéticas conservan fosilizado en ciertos aspectos el texto primitivo, pues cualquier modificación del texto origina cambio en el sonsonete o en la belleza del hallazgo poético, sin contar, además, con que el pueblo gusta de aprender y repetir las poesías que acoge como suyas. El texto hebreo de poesías como el Cántico de Débora, quizás del siglo xi a. J. C. o las del rey David, del siglo x a. J. C. han tenido forzosamente que sufrir cambios porque, en el transcurso de los siglos, la lengua hebrea perdió las vocales que indicaban los casos de la declinación, sufrió cambios en la pronunciación de ciertas vocales y modificó el acento, además de perder otros rasgos lingüísticos comunes y propios de la época arcaica. Los textos de las composiciones de los profetas, que se nos presentan como obras personales, con oráculos poéticos o semipoéticos, tampoco admitirían muchas modificaciones; la profecía que podríamos llamar oracular, personal, se desarrolla desde el siglo ix al siglo v a. J. C. Después de la Cautividad de Babilonia, entre la época persa y la época helenística, se originan nuevos libros que son incorporados a la Biblia y que muestran ya una cierta evolución en la lengua y la influencia o empleo de la lengua aramea.

La forma de transmisión de los textos primitivos sería tanto en tradición oral, como en tradición escrita. La transmisión oral es la memoria del pueblo y probablemente determinadas personas, seguramente miembros de las escuelas sacerdotales, aprenderían y transmitirían poemas, códigos legales, relatos históricos y normas de liturgia. Pero el pueblo hebreo, que ya en el siglo x a. J. C. utiliza una escritura fenicia con rasgos propios, transmitirá también por escrito los antiguos relatos y las antiguas leyes. Así lo hacía durante los siglos xvi a xiii a. J. C. un pueblo que, a través de los cananeos de Palestina, pudo ser el maestro literario de los hebreos: Ugarit, puerto de la costa Siria íntimamente relacionado con la Grecia micénica, los cretenses y los chipriotas, además de tener que guardar el equilibrio entre el Egipto faraónico y el poderío hitita. Pero los ugaríticos eran un pueblo semita que utiliza el método de escritura cuneiforme, y sus textos, escritos en ladrillos, han podido esperar a que los arqueólogos del siglo xx los descubran y descifren, mientras que los hebreos utilizarían, al modo egipcio, el papiro y la piel, materiales perecederos. No se nos ha conservado, pues, ningún fragmento escrito de la Biblia contemporáneo de su composición. En muchos pasajes del texto que nos ha llegado a través de los siglos hemos de admitir que han sufrido un proceso de corrupción: palabras, letras o

frases que se repiten indebidamente, o hay un salto del copista, que ha dejado una laguna en el texto; o vemos incorporadas palabras o frases que resultan interpolaciones de explicaciones marginales. Determinadas circunstancias políticas o religiosas pueden ser causa de que el texto original sea cambiado o corregido con fines sectarios. Palabras que han quedado obsoletas y cuyo significado resulta difícil, son cambiadas de buena fe para hacer más claro el texto. Todo este proceso se refleja en las diversas redacciones que se supone sufrió el texto hebreo de la Biblia. Durante la época persa, es decir, en el siglo V a. J. C., todos los textos antiguos recibieron una redacción o, por mejor decir, una edición uniformadora y depuradora oficial, desarrollada con peculiaridades propias en Palestina, Babilonia y Egipto.

Albright ha señalado que en Palestina se diría "Ur en tierra de Caldeos", mientras que en Babilonia bastaba con decir "Ur de los Caldeos", y en Egipto, a juzgar por la versión griega de los LXX, no interesaba el nombre de la ciudad y simplemente se decía "En tierra de Caldeos". La redacción babilónica, consolidada durante el Exilio o Cautividad, fue traída a Palestina por los que volvieron tras el Edicto de Ciro, y así en el rollo de Isaías A del Mar Muerto nos encontramos con el nombre Šar'usur con vocalización concorde con la escritura cuneiforme del nombre asirio; en el texto masorético o texto recibido el nombre de Šar'esar; los LXX simplifican en Sarasar. Por otra parte, Albright ha hecho observar el título de José (Gen. 41, 45) en egipcio *Dd-p&-ntr-iw.f'nḥ* se ha conservado en la versión hebrea según la forma aproximada del siglo X a. J. C. Sašēnat Pa'neah (pronunciada en el siglo I a. J. C. šepnutef'anḥ); en los LXX la forma antigua del nombre egipcio está sustituida por el egipcio posterior, el egipcio vivo de cuando se hizo la versión griega, que tiene Psonthromphanech, de un original Psontenpañh, forma nueva egipcia que sustituyó a la antigua ya ininteligible. Según Albright, la recensión egipcia se formó con el texto hebreo anterior al siglo VI, más el texto traído por Esdras de Babilonia a Palestina; entre el año 400 a. J. C. y la traducción de los LXX se consolidaría la redacción egipcia.

La redacción samaritana corresponde a los samaritanos, de origen no hebreo, traídos por los asirios al reino de Israel, deportados de otros lugares del imperio y que venían a llenar el vacío que habían dejado los israelitas deportados a su vez a Asiria. Los samaritanos aceptaron la religión hebrea, pero en lugar de considerar a Jerusalén como su lugar santo, establecieron el altar en el Monte Guerizim, en Samaria. Tienen el texto hebreo en escritura samaritana. Para P. W. Skehan la recensión samaritana refleja un texto del período helenístico, fielmente conservado en su ortografía y que se deriva del texto hebreo primitivo sometido a ampliaciones, trasposiciones y enmiendas tendenciosas para apoyar los puntos de vista de la secta.

A juzgar por los textos bíblicos de los rollos del Mar Muerto, en la Palestina romana existía cierta fluidez textual. La secta del Mar Muerto, como ha señalado Rabin, admitía lecturas alternativas, lo que contrasta con la rigidez del texto masorético. Entre los rollos del Mar Muerto ha encontrado F. W. Cross textos hebreos que concuerdan con la versión griega de los LXX (*Codex Vaticanus*). Independientemente de las propias vicisitudes de transmisión del texto griego, queda demostrado que las diferencias entre el texto hebreo masorético y el texto griego no se deben a libertades de los traductores griegos, sino a la existencia de otros textos hebreos que fueron el modelo o *Vorlage* de los traductores griegos. También entre los rollos del Mar Muerto se han encontrado manuscritos que siguen la recensión samaritana.

El texto masorético recoge ciertas notas marginales textuales que reciben el nombre de *Ketib* (lo que está escrito en el texto) y *Qeré* (lo que debe leerse en su lugar). Los masoretas no se atrevieron a enmendar el texto y se limitaron a poner al margen esas propuestas de corrección. Por otra parte, en la propia Biblia hay numerosos pasajes paralelos que relatan los mismos hechos: lo que se cuenta en los libros de Samuel y Reyes es vuelto a contar, aunque con otros fines, en el libro de Crónicas; hay que admitir, pues, una recensión de Samuel-Reyes y otra de Crónicas. A. Sperber mantiene que esas dos versiones de la Biblia ocupaban una extensión mucho mayor e incluía otras partes de la Biblia. Así, llega a establecer una recensión constituida por el Pentateuco en su versión masorética, Crónicas y lecturas *Qeré* y el

griego tipo asterisco; la otra recensión sería la del Pentateuco Samaritano, Samuel-Reyes, lecturas Ketib y el griego tipo obelus.

El texto masorético aceptó e incorporó ciertas correcciones o cambios admitidos por la tradición rabínica. El *'Ittur Soferim* o "coronamiento de los escribas" es un canon que fija qué palabras deberían leerse sin el waw-conjunción copulativa; los *nunes invertidos* (enes invertidas) en Números 10, 35 y 36 y en Salmos 107, 23 y 31 indican, al parecer, una laguna o un trastrueque de versículos; los *puncta extraordinaria* son unos puntos colocados encima o encima y debajo de las letras, quince casos en total, que indicarían que eran espúreas; esas palabras no suelen aparecer en samaritano ni en griego LXX. *Tiqqun Soferin*, corrección de los escribas, son enmiendas textuales con fines respetuosos hacia la divinidad, de modo que donde el texto tiene "Y Yahweh permaneció ante Abraham", lo cambiaron en "Y Abraham permaneció ante Yahweh"; otro tipo de modificación del texto primitivo es el de cambiar el nombre de la divinidad pagana Baal, por *bósét* vergüenza. Así, el nombre Mifbósét primitivamente era Mefibaal; Isboset está en lugar de Isbaal; el nombre de la diosa de la fecundidad, Astart (Astarté), fue cambiado en Astóret, con las vocales correspondientes a *bósét*. Barthélémy ha estudiado estas variaciones y su reflejo en las diferentes versiones griegas. El texto masorético pretende conseguir e imponer un texto fijo, pretensión que como ha señalado Rabin podría deberse a una necesidad de defensa interna del judaísmo frente a la cultura griega, por un lado, y a influjo de las ideas filológicas alejandrinas, por otro. El texto masorético, o su prototipo, ya existía en tiempos de los rollos del Mar Muerto, pues algunos textos concuerdan con él, y debió de fijarse en el siglo I o II d. J. C.

La palabra Masora quiere decir en hebreo "Tradición". Destruído el Templo de Jerusalén, los rabinos fueron considerados como los únicos guías del pueblo judío y ellos pretendían representar la tradición auténtica. De ahí la necesidad de establecer un texto auténtico. Pero este texto era solamente consonántico, pues la escritura hebrea, como todas las semíticas descendientes del fenicio, eran escrituras sin vocales hasta la Edad Media. Se hizo circular la creencia de que en el Templo existían tres manuscritos que servían a los escribas para compulsar la corrección de sus copias; en todo caso, parece que sí había revisores de libros con paga a cargo de los ingresos del Templo. Los masoretas, o especialistas en el texto hebreo rabínico transmitieron un texto de distinta extensión del que había servido de modelo a los LXX, especialmente en los libros de Samuel, Jeremías, Proverbios, Job, Ester y Daniel, y rechazaron lo que en el canon católico es conocido como libros deuterocanónicos. A medida que el tiempo corría, acercándose a la época de Cristo, la escritura consonántica se fue facilitando por medio del empleo de las letras semiconsonantes o guturales débiles como *matres lectionis*, ayudando a identificar la vocal que correspondía; esta escritura plena era normal en tiempos cercanos a Cristo, pero los masoretas consideraron que lo antiguo era la escritura defectiva o sin *matres lectionis* y empezaron a eliminarlas, pero su trabajo quedó desigual y sin norma fija; una misma palabra aparece en un mismo pasaje con o sin *mater lectionis*. Los masoretas quisieron reproducir la pronunciación que en su opinión era la correcta y para ello tuvieron que inventar, siguiendo el modelo de sirios y árabes, un sistema de signos vocálicos que por escribirse arriba o debajo de las consonantes no rompe el texto consonántico. Los sistemas de signos vocálicos son tres: el palestinense, el babilónico y el tiberiense, que es el actualmente usado y el que se impulsó universalmente. A juzgar por los fragmentos transcritos en letras griegas en la Hexapla de Orígenes, la vocalización de los masoretas no es totalmente concorde con la que oía Orígenes en Palestina; los masoretas intentan vocalizar a partir del siglo VII d. J. C. Un segundo tipo de puntuación de los textos está constituido por los acentos o notaciones musicales para ayudar al recitado o salmodia del texto; cada palabra lleva uno o dos acentos de este tipo, cuya equivalencia musical se ha perdido por completo y ahora solamente de un modo conjetural se supone. En el Rollo de la Ley, que se lee en las sinagogas, se conserva la tradición antigua del volumen o rollo, y no tiene vocales.